

MAREAS

Carlos Oliva Mendoza

CARLOS OLIVA MENDOZA (Ciudad de México, 1972). Es doctor en filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde trabaja como profesor de tiempo completo en el Colegio de Filosofía. Fue parte del consejo editorial de la revista *Utopos*. Con el libro *La creación de la mirada. Ensayos sobre literatura latinoamericana*, obtuvo el Premio Nacional de Ensayo José Revueltas 2003, con el texto *Deseo y mirada del laberinto. Julio Cortázar y la poética de Rayuela*, el Premio Nacional de Ensayo Joven José Vasconcelos 2001 y, con el libro de relatos *Las heridas del espíritu*, una mención honorífica en el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 2003. Colaboró en el *Diccionario de filosofía latinoamericana* y en la *Encyclopedia of Contemporary Latin American Culture*. Publica en revistas periódicas de filosofía y crítica de arte. carlosoliva@servidor.unam.mx

A finales del mes de junio, el escultor Antony Gormley inauguró en una playa de Merseyside, Inglaterra, una exposición de 100 figuras humanas. Todas son iguales, cada una pesa 650 kg. y mide 1.96 m. Las esculturas están en un perímetro imaginario de 3 km. a lo largo de la playa y 1 km. fuera de ella. Sin embargo, según el movimiento de la marea, las esculturas pueden llegar a ser cubiertas. Gormley ha dicho que la instalación en Inglaterra, expuesta ya en Alemania, Bélgica y Noruega, le parece la mejor que ha hecho. Las condiciones de la playa hacen que desde muchos puntos de observación no sea posible distinguir si se trata de un ser humano real o de la desnuda figura de acero. La exposición cumple con las condiciones del nuevo paradigma del arte. Es un experimento radical. Se puede desde tener un breve entretenimiento *dentro de la instalación*, lo cual incluye a toda una manada de turistas y residentes que se toman fotos con los hombres de acero, hasta experimentar un vacío particular: la marea va cubriendo de forma imperceptible a algunos de los hombres que, justo por su formación, parecen estar en marcha hacia el mar, pero, a la vez, a determinadas horas del día la marea los descubre. La instalación está en movimiento. No radica en ella el orden, pues el clima no tiene una regularidad cotidiana que nos permitiría verla como una obra acabada al terminar

un día. Tampoco radica en el sujeto, pues los puntos de observación se fracturan en segundos o en el movimiento en el espacio que destroza la imagen anterior. Mucho menos radica en el instante de percepción, pues está cargado y condicionado del momento anterior, que es el de nuestra reminiscencia de la playa, cualquiera que ésta sea. El único orden que mantiene la obra es como experimento.

Finalmente, toda instalación es un pequeño laboratorio, donde no es real cosa alguna, más allá de su funcionamiento dentro del experimento.

En este tipo de arte el papel del o de la artista es fundamental, porque juega un rol importante dentro de la esfera experimental a la que se somete el arte. El filósofo Hans-Georg Gadamer se refiere al punto con particular agudeza: «El artista moderno es mucho menos creador que descubridor de lo todavía no visto; aun más, inventor de lo que todavía no ha sido nunca, de lo que a través de él entra en la realidad del ser». En efecto, no se trata de una creadora o de un descubridor, sino, abiertamente, de un inventor y de una inventora, de ahí la caducidad de la obra. El invento no encuentra su fundamento más que en un contexto muy específico que se agota rápidamente.

Las experiencias y el tributo son para el vacío. ●